

Mons. Tihamér Toth

¿Por quién me tenéis vosotros?

Ha ocurrido esta mañana una cosa nunca oída. Mejor dicho, puede ser que ni haya sucedido siquiera el caso, yo lo haya soñado. Pero es tan interesante, que vale la pena de contarle aunque no pase de sueño...

Escenario: una sala de la escuela.

Escena. Se preparan los alumnos para la clase de religión... La lección es justamente uno de los puntos interesantes: "Las pruebas de la divinidad de Jesucristo". Gran revuelo; algunos estudian con ardor, otros discuten.

Pasan cinco minutos. Se abre la puerta, se levantan todos los muchachos, y entra ... ¿el profesor de religión? No. ¿Pues? ... Entra... Nuestro Señor Jesucristo... Pero lo digo de veras: el mismo Jesucristo.

Lleva el mismo vestido, con que le vemos pintado tantas veces: la blanca túnica llega hasta el suelo, su cabello castaño cae sobre los hombros, su mirada es infinitamente noble ... es una aparición indeciblemente subyugadora, impresionante.

Sin proferir palabra se dirige a la cátedra, y allí se detiene volviéndose a los muchachos.

¡Qué sorpresa se refleja en la cara de los chicos! En realidad nada puedo decir sobre la impresión de los primeros momentos, porque yo mismo estaba tan turbado, que no sé coordinar los primeros recuerdos.

Y Jesucristo sigue allí, derecho, delante de los bancos ... Cuando la turbación se ha disipado algún tanto, empieza Él a decir con voz majestuosa que inunda nuestro corazón como suavísimo bálsamo: "Hijos míos: Hoy he venido a daros yo la lección en vez del profesor, y tendréis que decírmela a mí.

El punto que debías estudiar era éste: ¿Por quién me tienen los hombres? Pues, adelante, veamos. Contestadme con toda sinceridad. Contadme todo lo que habéis oído respecto de mí...".

Naturalmente los muchachos están muy encogidos. Hay un silencio profundo, embarazoso ... se miran todos azorados. Los más "incrédulos" que a todas horas están perorando, inclinan la cabeza.

Por fin Jorge, uno de los más despabilados, se anima y dice: "Señor, hace justamente unos pocos días, al venir yo en el colectivo, un hombre con anteojos explicaba al que venía sentado al lado suyo, que Cristo propiamente fue uno de los profetas de corazón más compasivo, pero nada más y que son historias de sacerdotes esto de que fuesen también el Hijo de Dios. No te enojes Señor, si te lo he contado con franqueza.

Y sigue Jesús mirando; con tanta mansedumbre que el primer hielo que había en nuestra alma ya se ha derretido por completo y ahora se levantan los muchachos unos tras otros para hablar.

Se levanta Pedro y manifiesta con temor: "Hay quien dice que ni siquiera puede saberse quién era propiamente Jesús ... inos separan ya tantos siglos de vida!".

"Aun más —interrumpe Carlos, que ya se ha tragado muchos libros filosóficos ...—, hay quienes afirman que Jesucristo no ha existido, que los acontecimientos de su vida son una patraña, colgada más tarde a un personaje imaginario".

"En casa —dice el taciturno Paco— justamente ayer cenó con nosotros un amigo de mi padre, un profesor de Biología; y éste negaba los milagros de Jesucristo. Dijo que Jesús pasó su juventud en Egipto y el Tibet aprendiendo ciencias ocultas, pero que tales cosas realmente no eran milagros, ya que las ciencias naturales han probado que el milagro es imposible...".

En esto se levanta del último banco el "ateo" de la clase, Manolo, teniendo en la mano un número del diario socialista con un artículo de fondo que lleva este título: "Cristo, el primer socialista". En el artículo se afirma que todo el cuerpo de doctrina de Jesucristo no es otra cosa sino el anuncio del marxismo y por esto debemos considerar a Cristo el primer socialista que hubo en el mundo.

Jesucristo escucha sin proferir palabra; una expresión de tristeza, de lástima e indignación se dibuja en su rostro al oír tan caóticas opiniones.

Cuando ya todos han hablado, las facciones del Maestro inúndanse nuevamente de mansedumbre; con decisión pregunta, y su voz penetra en el alma de los muchachos como el sonido de una campanilla de plata: "Y vosotros, hijos míos, ¿por quién me tenéis?".

La pregunta vibra en el profundo silencio y flota sobre los muchachos que inclinan con respeto la cabeza. El mismo Manolo que siempre se jacta con su "ateísmo" y su "libertad de criterio", tiene la cabeza doblada, está emocionado..., hasta me parece ver la lucha que sostiene su alma, buena en el fondo.

Pero el silencio no dura más que unos instantes. De repente se adelanta Luis, el orgullo de la clase, sobresaliente en todas las asignaturas, y arrodillándose a los pies del Señor, con voz que tiembla de tierna emoción le dice: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo". A estas palabras cae de rodillas toda la clase y repite la frase de Luis: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo".

Y entonces dice el Señor:

"Dichosos vosotros, porque vuestra fe no ha sufrido mengua, ni siquiera en este mundo moderno tan ciego".

"Guardar la fe que tenéis en mí, como única anda de salvación en las tempestades que os esperan en esta vida del mundo.

"¿Me confesáis tan sólo de palabra o también con toda vuestra vida? ¿Decíais tan sólo que soy vuestro Señor, o también cumplís mis mandatos?"

El Señor sigue hablando..., hablando..., y al compás de sus palabras van abriéndose muchas almas, como se abre la corola de las flores para recibir el rocío refrescante... De repente se oye la voz estridente de la campanilla..., ha pasado la hora, se acaba la clase...

El Señor desapareció. ¡Qué lástima que esta hora tan maravillosa haya pasado volando! Extiendo la mano para tocar aún a Nuestro Señor que se despide, pero tropiezo con el despertador que suena con estrépito. Lo miro: las siete de la mañana... La hora de levantarme...

(Tihamér Toth, *El Joven y Cristo*, Ed. Gladius, Buenos Aires, 1989, Pág. 48-50)